
RESEÑAS

OBITUARIUM BURILLI (1934 - 2024)

FERNANDO REINOSO-BARBERO

Catedrático de Derecho Romano
de la Universidad Complutense de Madrid

El pasado 20 de octubre nos dejó Jesús Burillo, catedrático de Derecho Romano en la Universidad de Murcia desde 1964 hasta su jubilación en 2005.

Al día siguiente, junto a José Antonio Escudero, asistí al sepelio en el cementerio de Muel (Zaragoza), su pueblo natal y también su *locus mortis*. A solicitud de la familia, propuse el epitafio que ahora figura en su lápida: *vir clarissimus qui omnibus virtutibus praestitit* («hombre excepcional que destacó en todas las virtudes»). Esta expresión —en latín, lengua con la que a él le gustaba solemnizar las cosas importantes— no solo pretende honrar su memoria, sino que aspira a ser descripción fiel de un temperamento único y admirable, original como ningún otro que haya conocido.

Poseedor de una cultura enciclopédica, hablaba con fluidez, además del latín y el griego, inglés, alemán, italiano y francés. Con tan solo veinte años, obtuvo su licenciatura en la exigente y selecta *Facoltà di Diritto Canonico de la Pontificia Università San Tommaso d'Aquino (Angelicum)* de Roma. Fue profesor durante años en prestigiosas universidades de Estados Unidos, auspiciado por la influyente Fundación Ford. En Alemania, tuvo el privilegio de trabajar con Wolfgang Kunkel, y en España fue discípulo directo del mayor romanista español del siglo xx, Álvaro d'Ors.

Católico convencido y auténticamente consecuente, fui testigo de difíciles y onerosas lecciones de coherencia cristiana que vivió con una integridad inquebrantable. En una ocasión, me comentó que al-

gunas personas, deliciosamente románticas, encuentran fascinación en la enigmática luz de la luna o en los colores de una mariposa; sin embargo, él sentía una atracción profunda por las ceremonias con el Santísimo, devoción que brotaba de la fe y no de su carácter. Presumía, con razón, de tener la mirada fija en el Cielo, sin que ello le impidiera mantener los pies firmemente en la tierra. Su realismo católico no le hacía temer a la muerte, sino al Juicio Final.

Su originalidad casi extrema, el ingenio desbordante, los puntos de vista sorprendentes, las reflexiones geniales, las reacciones inesperadas, siempre enmarcadas en una lucidez chispeante, eran algunos de sus rasgos más característicos. Para quienes no tuvieron la fortuna de conocerlo, permítanme ilustrar su notable singularidad con solo un ejemplo que en este momento viene especialmente al caso: en 2015, publiqué una nota necrológica sobre un joven estudioso fallecido prematuramente; tras leerla, me pidió que redactara ya su propia necrología, argumentando que, si la escribía después de su muerte, no tendría oportunidad de leerla. Aunque al principio lo tomé a broma, insistió en ello e incluso me sugirió el título: *Obituarium Burilli ante mortem*. Confío en que me haya perdonado por no cumplir antes con su encargo y haber esperado hasta ahora para hacerlo post mortem.

El verbo ‘ayudar’ formaba parte esencial de su credo más profundo y de su rica, poliédrica y magnética personalidad. Dedicó su vida a ayudar a los demás. Era su actividad predilecta, y la ejercía de manera constante e incansable. Cuando alguna persona, generalmente alumnos brillantes, carecía de los recursos necesarios para preparar oposiciones, él se los proporcionaba. A veces los acogía en su propia casa durante largos periodos, en otras ocasiones financiaba estudios y gastos, e incluso llegaba a pagarles un sueldo a fondo perdido si lo necesitaban. Hoy, su muerte es llorada por notarios, registradores y magistrados que lo son gracias a estos sufragios.

En los últimos veinte años, y en especial tras su jubilación, su generosidad se ha dirigido principalmente a los habitantes de remotos poblados en el Atlas marroquí. Sin ayuda formal, se convirtió en una especie de ONG por sí mismo. Cada dos o tres meses, cargaba hasta los topes un Land Rover que conducía hasta Agadir, y desde allí emprendía rutas diversas, recorriendo los pueblos más necesitados del Alto Atlas, llevándoles medicinas, ropa y alimentos. Aprovechaba estas visitas para recoger a niños que necesitaban tratamiento hospitalario, trasladándolos para ser atendidos y costeando los gastos de su propio bolsillo. Solo cuando sus recursos no bastaban para cubrir operaciones más complejas, pedía colaboración a los amigos.

No siempre resultaba fácil entender su carácter, tan peculiar y propio, porque le eran por completo ajenas esas pequeñas miserias que aquejan a la mayoría de los mortales. Las resumía en cuatro sustantivos que despreciaba: «celos, enojos, frivolidades, haraganerías», que, con su característica franqueza, consideraba trampas en el camino de los demás, pero nunca en el suyo. Con esto quiero decir dos cosas. No solo parecía consciente de su superioridad en ciertos aspectos que conforman la calidad humana, sino que, además, ni la escondía ni la disimulaba ni caía en falsas modestias. Al contrario, la exhibía a las claras cuando se presentaba la ocasión, haciendo gala de una sinceridad que no siempre fue bien comprendida.

Asombrosamente rectilíneo, incapaz de apartarse un centímetro de lo que consideraba correcto. Detestaba los actos que creía injustos, salvo cuando él mismo era el objeto de la injusticia. En esos casos, perdonaba con rapidez las ofensas, aunque, como admitía, no las olvidaba. Tampoco le herían los desencuentros, ni siquiera aquellos con personas cercanas, con las que, si lo consideraba necesario, rompía con una extraordinaria frialdad, como si nunca hubieran existido. Sin embargo, esta cualidad la hacía compatible con otra, aparentemente opuesta: una lealtad total e incondicional hacia los amigos. Tanto es así que, como él mismo reconocía, su apego a la amistad se equiparaba al de la familia.

Poseía una especie de sexto sentido, una intuición que le proporcionaba confianza en la seguridad de los caminos bien transitados y, al mismo tiempo, lo llevaba a desdeñar los atajos que, como solía decir, «la cabra bien sabe están llenos de peligros». En otras palabras, tenía una facilidad innata para prever las situaciones de riesgo y, si no había una causa justa para asumirlas, prefería eludirlas.

Tenía un gran respeto por el conocimiento empírico, tanto el propio como el ajeno. Por eso, en las materias que dominaba, sin llegar nunca a la autosuficiencia, emitía sus opiniones con la autoridad y grado de sentencias inapelables, a menudo impregnadas de una buena dosis de realismo. Perfeccionista y extraordinariamente crítico, en especial, con las cosas mal hechas y sus autores, cuando resultaba exigible haberlas hecho bien.

Un espíritu auténticamente libre, quizá porque no le preocupaba en absoluto el dinero ni el porvenir ni la fama. Se describía a sí mismo como «emotivo, activo, secundario», y, en mi opinión, acertó plenamente en estos tres adjetivos. Aunque no puede decirse que fuera un sentimental, se mostraba emocionalmente sensible y enérgico, y se conmovía, sobre todo, ante cualquier necesidad del prójimo. Su

actividad desbordaba a cualquiera que intentara seguirlo. Asumía las tareas y proyectos —en especial aquellos dirigidos a ayudar a los demás— con un entusiasmo inmenso, como si fueran lo más importante ocurrido en la historia de la humanidad. Y, como se colige de lo expuesto hasta ahora, su personalidad no era en absoluto ‘primaria’, al contrario, procesaba sus sentimientos y experiencias con profundidad, lo que le confería una gran consistencia en sus relaciones y convicciones.

Fue un gran amigo y un hombre de bien, «en el buen sentido de la palabra», que encarnó con sencillez la bondad y la rectitud, tanto o más que el hombre bueno descrito por Machado. Descansa en paz, querido Jesús.